



PROTEGIDA, JAMAS!

(Para LA NACION)

SALAMANCA, julio de 1918.

Aquel gran italiano del mundo, aquel encendido patriota de la patria universal que fué el Dante, dirigió a su patria más inmediata, a Italia, el terrible apóstrofe que se lee en el canto VI del «Purgatorio», cuando le llamó:

Ahi serva Italia, di dolore ostello,
Nave senza nocchiero in gran tempesta,
Non donna di province, ma bordello!

«Bordello», burdel, casa de trato o de prostitución! ¿Puede llamarse algo más duro y denigrante a una nación? Sí, puede llamarse algo más duro. Y perdone el lector lo amargo y crudo de nuestras reflexiones, pero no están los tiempos para gajamofías.

Hay para una nación algo peor que caer en burdel de las otras, y es caer en albergue de tapadillo de una de ellas, en casa de cita de otra que la explote. Hay algo peor para una nación que venir a dar en ser ramera de las otras naciones, alquilándose cada noche a una cualquiera de ellas, a la que mejor pague, pero reservándose el no alquilarse cuando se le antoje, aun a costa de un ayuno; es peor, mucho peor que esto venir a caer en «protegida», entretenida o querida de otra nación cualquiera, o más bien de un imperio, que le ponga piso y se reserve sus bien pagadas caricias. Es mejor que un pueblo hasta pierda su independencia política que no el que venga a ser protegido de otro.

Era el peligro que corría la Italia de antes de esta guerra, la Italia de la Trípolice, protegida del imperio germánico, de ese viejo Fausto rejuvenecido por mefistofélicas drogas de alquimia. Maquiavelo había sido llamado a Alemania, donde tenía y tiene sus mayores admiradores, y aleccionado allí por Meffistófeles, este galeoto, tercero o celestino tedesco, había vuelto a su querida Italia, a seducirla y ponerla al servicio del lujurioso Fausto. O más bien era Meffistófeles el que, disfrazado de Maquiavelo, el Maquiavelo de Treitzchke y compañía, iba a Italia a corromperla con su «realismo político», con su «Realpolitik», y con su imperialismo.

No hace todavía un año que, visitando el frente de la guerra italiana—hoy es ya el frente de la guerra en Italia—olamos de vez en cuando tristes expresiones de realismo mefistofélico, que ni siquiera maquiavelico, y para enjugarnos del alma el mal sabor de semejantes doctrinas tudescas teníamos que acudir a la lectura de los encendidos evangelios civiles del gran Mazzini, del ardiente apóstol de la libertad de los pueblos, del amigo de Polonia, y que hoy, si viviésemos, lo sería de Yugo-Eslavia, de Grecia y de Bohemia. Pero gracias, en parte, a la triste desgracia de Caporetto, la mejor Italia, la Italia universal y eterna, liberal y civil, ha acabado de abrir el corazón y los ojos, y hoy guerra en la guerra única, en la que libran los pueblos civiles contra los ejércitos súbditos del kaiser y de sus cómitres coronados.

No hace un año Armando Díaz nos hablaba de la toma de Trieste. Hoy ve Italia que más que tomar Trieste hay que derrumbar ese cadalso, hogar de podredumbre, que es el imperio de los Habsburgos, y que hay que libertar a los eslavos que bajo él sufren.

El peligroso estado inmoral en que iba cayendo la Italia de la Trípolice debíase a la «protección» que sufría de parte de Alemania. Esta le enriquecía, le enseñaba ciertas cosas, pero le iba robando el alma y la verdadera independencia, le iba haciendo una «entre-

tenida» suya. Hasta las bellas artes italianas, las de esa cuna del Renacimiento artístico, eran vistas y estudiadas con criterio germánico. Hasta empezaba a invadir a Italia, la armoniosa Italia, el bárbaro «Kolosal» tedesco. De esta horrible pesadilla le ha despertado la guerra. Y la reciente victoria guerrera italiana, la del Piave, no es sino una consecuencia de la victoria sobre sí misma, de su vuelta a Mazzini, dejando al Meffistófeles prusiano disfrazado de Maquiavelo florentino.

Esta terrible lección se nos viene a las mientes cada vez que oímos ahora, aquí, en España, a la sirena germánica entonarnos el cántico de la protección que de parte de Alemania ha de merecer nuestra nación cuando aquélla haya quebrantado lo que llaman la tiranía británica. ¡Las cosas que nos prometen a los españoles! ¡Lo que les vamos a deber los españoles! ¡Lo que nos van a dar! ¡Lo que nos van a descubrir! ¡Lo que nos van a enseñar! ¡Lo que nos van a enseñar! Sobre todo esto: ¡lo que nos van a enseñar! Porque la verdadera vocación del tedesco es la de dómine. No está satisfecho sino cuando está, férula en mano, dando lecciones al prójimo. Y hay quienes soportan esa impertinencia. ¡Lo que nos van a proteger!

Esta nuestra España es para no pocos españoles una especie de Margarita la Tornera encerrada entre los muros de su viejo convento y que no ha visto mundo. Y es menester que venga, no ya un D. Juan Tenorio español, sino un Fausto germánico rejuvenecido, con el espadín tinto en sangre de puritanos, a rescatar a Margarita la Tornera y a redimirla de su obscurantismo. Los germanófilos anticristianos españoles—y son los más lógicos y los más clarividentes de nuestros germanófilos, los únicos de entre ellos que comprenden el sentido de esta guerra, como le pasa a Pío Baroja—esperan que de la protección alemana, del magisterio del viejo Fausto rejuvenecido por droguería de alquimia, y sobre todo de los buenos oficios de Meffistófeles, que es un galeoto científico, venga la ilustración de España. ¡Lo que va a ganar esta Margarita la Tornera cuando, dejándose de letanías, aprenda a fabricar tornillos y química orgánica y termodinámica y todas las logías habidas y por haber! Es, dicen, lo que necesitamos: ¡ser protegidos!

En cuanto los tudescos se instalen aquí como en su casa, en cuanto le pongan piso a España, y establezcan sus industrias, sus bancos, sus comercios, ¡lo que vamos a ganar! Hasta hay quien dice que nos enseñarán a ser españoles y a hablar mejor que el español. Para esto último nos enviarán alguno de esos formidables filólogos que harán la estadística definitiva de la métrica del viejo «Cantar de myo Cid». Porque ya se sabe que una de las tareas de la docta filología germánica es enseñar a los demás pueblos a que hablen mejor sus sendas lenguas.

¡Ganas nos están dando de contar aquí, entre paréntesis, la obstinación del filólogo tedesco Federico Hanssen, el que fué a Chile a enseñar castellano, en que «reyes, greyes y leyes» vendría de reges greges y leges», por cambio de g. en y—y por lo tanto «bueyes» de «boves» por cambio de v en y!!!—a pesar de que un pobre y modesto filólogo español, un filologuillo, pues que no está germanizado, le demostró que no hay tal, sino que son plurales de «rey, grey y ley», formados por contracción de dos ees en el como de «temedes (timetis) por cada de la d se hace «temeis». ¡Pero ser rectificado por un español! ¿Es que un español puede ser otra cosa que discípulo de un alemán? ¿Es que un español puede enseñar alguna vez algo a un sabio alemán, como no sea lo que una planta enseña a un botánico, un escarabajo a un entomólogo o un pedrusco a un petrólogo?

¡Cuántas veces no me han dicho recientemente: «Usted también acabará

por convertirse a la germanología!» «¿Cuándo?»—preguntaba. Y me respondían: «Cuando después del triunfo de Alemania vea usted cómo ésta liberta y protege a España». «¡Libertarle; ¿de qué?—replicaba yo—protegerle; ¿de qué o de quién?» Y aquí era el venirme los pobres diablos con el fantástico capítulo de los agravios que dicen ha recibido España y la opresión bajo que ha gemido. Y hasta ha venido infeliz de esos que llegó a decirme: «Mire usted, hasta el mérito de usted mismo, si es que alguno tiene, en letras o en filosofía o en lo que fuere, no se reconocen ni apreciará en su propia patria, España, hasta que algún alemán se lo descubra». En mi vida me he reído más que al oír semejante cosa. ¡Ser descubierta por un tedesco! Era el colmo. Todavía me

van a hacer creer que mis obras no influirán en el espíritu público de mi pueblo hasta que no las traduzcan al español de alguna posible futura traducción alemana. La cosa era prepararme a ser también yo, a mi vez, protegido.

Y esa vileza, porque no es otra cosa que vileza, de estar esperando la protección germánica ha prendido en ciertos sectores del pueblo español. Ya se llama desvergonzadamente español, dentro y fuera de España, a lo que no es más que alemán; ya empiezan los tudescos a poner etiqueta y marchamo españoles a chucherías y artillajes que fabrican y quieren meter de muerte a los pueblos que no volverán a darles el trato de nación más favorecida. Y aquí no pocos encantados con esta vergüenza.

¡No, no, no! Mejor que lleguemos a ser burdel de pueblos que no alcoba de tapadillo en que el viejo Fausto nos regale joyas y nos aleccione en el arte de la vida entretenida. No; que no hagan de Margarita la Tornera, de Margarita castellana, una Gretchen, que acabe como la otra, la de Fausto, matando al hijo de tapadillo. Ese género de fantástico romántico y sentimental—¡qué figura tan romántica la de Gretchen!—de Margarita!—no se conoce todavía, santificado por el arte, en España. Cierto es que la mortalidad infantil es todavía pavorosa en España, pero por motivos menos románticos, menos mefistofélicos, menos germánicos. Hasta en el vicio estamos muy atrasados. Será, pues, preciso que vengan a aleccionarnos en él y a refinarnos. ¡Y quien mejor que los maestros universales?

¿Protegida España? Eso, ¡jamás!

Y antes de concluir esto he de advertir a los que de ahí me manden papeles y papellitos con etiqueta y marchamo de españoles, pero que no son más que tudescos, que pueden evitarse la molestia de mandármelos. ¡Están tan mal encubiertos la falsificación y el contrabando! Y me gusta que cada cual se presente con su cara y hable su lengua. Y en tratándose de tudescos no necesito de truchimanes; les entiendo bien en su parla.

MIGUEL DE UNAMUNO.

